

## En el desierto

### *Criacuervo*

ORLANDO ECHEVERRI BENEDETTI  
Angosta Editores, Medellín, 2017,  
211 pp.

LA HISTORIA de *Criacuervo*, la segunda novela del cartagenero Orlando Echeverri Benedetti, sucede en un desierto abstracto y en otro literal. Contada en cuatro partes, la novela se ocupa de los momentos críticos en la vida de los hermanos Zweig. Adler, el menor, vaga por un desierto emocional, mientras que Klaus vive estancado en un desierto real. Extraños entre sí, los hermanos viven esperando a que sus vidas cobren algún significado. Quieren respuestas imposibles de encontrar en el mundo en el que habitan, porque la idea del desierto suele ser mejor que la vida en el mismo.

*Criacuervo* es una adición más a la apuesta literaria de Angosta Editores. Se trata de una bonita y bien lograda edición, como es lo usual en esta editorial. Además es una historia poco común en la literatura colombiana (aunque cada vez hay más ejemplos), una en la que los protagonistas no son colombianos y que transcurre parcialmente en el exterior. Sucede en dos espacios: el primero es Alemania, más concretamente Berlín, y el segundo es la costa Atlántica colombiana, entre Cartagena y Criacuervo, el pueblo ficticio que da nombre a la novela. Es aquí donde el lector es testigo del inevitable desenlace trágico de la vida de los hermanos Zweig. Es aquí donde el camino se cierra a la desesperada sobre dos hombres sin nada en común, a excepción de un desatinado gusto por embarrarla. Y es aquí donde empieza la larga travesía por el desierto que es *Criacuervo*.

Como bien saben los personajes de Borges y de Chejov, un desierto puede ser una trampa mortal para los que no saben navegarlo. La primera parte, que narra el fatal accidente de una pareja de biólogos, contiene lo mejor de la novela. La sencillez y la concreción con la que se describen los hechos son perfectas, en el sentido de que el lector lo único que quiere saber es cómo continúa esta tragedia. ¿Cómo puede —si es que puede— mejorar la vida de Ad-

ler y Klaus Zweig tras el accidente de sus padres? ¿En qué tipo de personas se convertirán, al crecer, estos pobres chicos a quienes se les atravesó un gato negro de la peor calaña? Echeverri responde a estas preguntas sin generar ninguna satisfacción para el lector, sin permitirnos el placer de una lectura que nos guíe hasta allá.

Después de la introducción, la narración se vuelve agotadora y áspera. El autor insiste en espolvorear la historia con palabras y frases que desentonan con la voz del narrador. Un parto difícil se convierte en un parto “distócico” y los personajes hacen el amor con cadencia “hidráulica”. No hay nada malo en usar palabras poco comunes. El problema es cuando, por usar palabras cargadas de significado, las mismas se convierten en huecos con que el lector tropieza constantemente, en vez de ser atrevidas intervenciones de un escritor estudioso. Y queda la duda de si el autor está educando a sus lectores o midiendo inteligencias.

El estilo que Echeverri desarrolla es coherente con el ambiente que logra construir. Vivir en un desierto puede ser áspero y agotador, y los episodios en los que conocemos a Adler y a Klaus dan fe de esto. Cualquiera que haya convivido con un adolescente reconoce de inmediato la desesperanza que empapa a Adler. El calor abrasador y el vacío absoluto, propios de la vida en el desierto de La Guajira, se sienten en cada página.

Sin embargo, la profundidad con la que logra recrear ese ambiente desaparece cuando llegamos a conocer los personajes. Queremos desesperadamente que les suceda algo de lo que nos podamos agarrar para seguir el camino con ellos, pero los cambios significativos en sus vidas siempre parecen injustificados y nunca termina por despertar nuestro interés. Por otro lado, los momentos relevantes en sus vidas se cuentan como notas de pie de página: “Helen recibió una llamada telefónica en Cartagena en la que le pedían que se presentara de inmediato en un hospital en Riohacha. Le informaron que Klaus había quedado tuerto (...)” (p. 126).

En este punto las explicaciones y descripciones han empezado a apilar-se y resultan hostigantes. El autor no da espacio para que el lector decida o

entienda cómo se sienten los personajes. Plantea las cosas explícitamente, incluso cuando no hay necesidad de hacerlo: “En el camino [Adler] atravesó guirnalda de pino artificial que pendían del techo y solo entonces cayó en la cuenta de que faltaba poco para la Navidad. La Navidad no era una festividad que le generara expectativa alguna” (p. 68).

Lo anterior es un dato tan concreto como inútil. Estos excesos empañan la experiencia de la lectura. El autor llega incluso a plantear, a modo de tesis, el tema central de la novela, y los lectores no sabemos si el escritor nos quiere educar o explicar de qué se trata su libro.

Orlando Echeverri tiene los rasgos de un gran escritor: es estudioso, conocedor del idioma y tiene una imaginación vasta. Cuando *Criacuervo* es buena, sumerge al lector en situaciones tan arrolladoras como conmovedoras. La violencia emocional y física resalta en los mejores momentos, y sorprende la variedad de formas en las que se encuentra y que el autor describe. Un episodio con unos flamencos en La Guajira pasa de la belleza al terror en tan solo una vuelta de página. Lo mismo se puede decir de las descripciones del entorno. Podemos ver “los copos de nieve como chispas ante el alumbrado del puente Oberbaum” (p. 69) o los “anuncios cuya ubicación no tenía ningún sentido comercial, a menos que se quisiera vender esas cosas a un alma en pena o a una de esas iguanas” (p. 178). En sus mejores momentos, *Criacuervo* es una expedición formidable.

José M. Lleras